



¿Son verdad las apariciones?

CARLOS J. NOVOA M., S.I.*

RESUMEN



El fenómeno de las apariciones es un hecho incontestable que atraviesa el cotidiano de nuestra sociedad. Por esto urge formular criterios que permitan discernir la validez o inautenticidad de las diversas apariciones religiosas que se nos presentan. Este artículo es una propuesta teológica en tal sentido.¹

Abstract

The fact of the apparitions is a daily reality in our contemporary society. So, it's necessary to have criterias to analyze when these religious apparitions are authentic or false. This article is a theological proposal concerning these criterias.

-
- * Sacerdote jesuita. Decano Académico, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Ética Teológica y profesor e investigador en ética de la misma Facultad. Licenciado en Filosofía y profesional en teología de la misma Universidad. Magister en Ética Teológica, Universidad Gregoriana, Roma. También en la Universidad Javeriana, docente de ética en el posgrado de Restauración de Monumentos de la Facultad de Arquitectura y Diseño y en el posgrado de Psiquiatría de la Facultad de Medicina.
1. En la elaboración de este escrito me he inspirado en los siguientes autores: BORNKAMM, GÜNTHER, *Jesús de Nazareth*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1975. BROWN, RAYMOND; FITZMYER, JOSEPH; MURPHY, ROLAND, *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1990. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992. LEON-DUFOUR, XAVIER, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1977. FLORISTAN, CASIANO; TAMAYO, JUAN JOSÉ Y OTROS, *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Editorial Trot, Madrid, 1993. LEON-DUFOUR, XAVIER Y OTROS, *Los milagros de*

El fenómeno de las apariciones es un hecho incontestable que atraviesa el cotidiano de nuestra sociedad. Hay quienes sostienen que la Virgen María, Jesús, o los santos, se están apareciendo en las paredes, o a ciertas personas en determinados grupos de oración. Otros, en cambio, afirman que dichas situaciones acaecen en las nubes delante de multitudes que se reúnen a rezar el rosario, en cierto lugar campestre, a una hora precisa del día.

Detrás de mencionadas apariciones se dan desde profundas y muy válidas experiencias espirituales, hasta la emergencia de delicadas patologías psiquiátricas, o el montaje de lucrativos negocios.² Por esto es importante profundizar en una criteriología que nos permita discernir cuándo estamos ante situaciones de este tipo que nos pueden enriquecer humana y espiritualmente, o en qué momento estamos a punto de ser engañados y manipulados o de cultivar trastornos emocionales de lamentables implicaciones.

En consecuencia, el objeto del presente texto es proponer una criteriología en el sentido señalado. Dado que son las apariciones marianas las que más revuelo están causando últimamente, me referiré a ellas de manera particular. Divido este ensayo en tres partes:

1. Jesús es el centro de la devoción mariana.
2. El otro y la solidaridad: los ámbitos fundamentales donde se nos aparecen Jesús y su madre.
3. Las apariciones de María, Madre de Dios y Madre nuestra, en medio de nosotros hoy.

Jesús, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979. LEON-DUFOUR, XAVIER Y OTROS, *Vocabulario de teología bíblica*, Editorial Herder, Barcelona, 1985. GONZÁLEZ-RUIZ, JOSÉ MARÍA; PIKASA, JAVIER Y OTROS, *Comentarios a la Biblia litúrgica*, Tomos I, II, Ediciones Paulinas, Madrid, 1976. RAHNER, KARL, *Curso fundamental sobre la fe*, Editorial Herder, Barcelona, 1979. SCHILLEBEECKX, EDWARD, *Jesús. La historia de un viviente*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1981. SOBRINO, JON, *Jesucristo liberador*, Editorial Trotta, Madrid, 1993. VARIOS AUTORES, *Nuevo catecismo para adultos. Versión íntegra del catecismo holandés*, Editorial Herder, Barcelona, 1982. VON RAD, GERHARD, *Teología del Antiguo Testamento*, Tomos I, II, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1982.

2. Recordemos el caso tristemente célebre ocurrido hace algunos años con las llamadas apariciones marianas de Piendamó (Cauca), las cuales resultaron ser una estratagema para poner en marcha una rentable operación económica.

Con el fin señalado, y desde las bases centrales de la experiencia cristiana, en la primera parte fundamentaré cómo el centro de la devoción mariana es la vivencia de Jesús. Paso luego, en la segunda sección, a precisar el significado de las apariciones desde esta vivencia y concluyo en un último apartado señalando el sentido actual de la presencia de María en medio de nosotros hoy.

JESÚS ES EL CENTRO DE LA DEVOCIÓN MARIANA

El Concilio Ecuménico Vaticano II fue la reunión de todos los obispos de la comunidad cristiana católica del mundo presidida por el Papa, obispo de Roma y pastor de la Iglesia Universal, que se celebró entre 1962 y 1965. Durante este encuentro los obispos recogieron los anhelos, dolores y esperanzas de sus iglesias particulares o diócesis, y discernieron los retos que el Espíritu de Dios le propone al cristianismo contemporáneo. Por tal motivo los textos del Vaticano II marcan el norte de la marcha de nuestro catolicismo actual y por eso en este escrito se hace referencia continua a ellos.

Dada la relevancia que la persona de la Virgen María -Madre de Dios y Madre nuestra- tiene en la práctica cristiana, el Concilio Vaticano II le dedica al último capítulo de su importante constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*. En ella el Concilio plantea el fundamento de la devoción mariana, su importancia y sus límites, y por ello es un referente básico para nuestras prácticas marianas. De acá que pase a proponerla de manera sucinta.

Uno solo es nuestro Mediador según las palabras del Apóstol: *porque uno es Dios, y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos* (1 Timoteo 2, 5-6). Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la santísima Virgen sobre los hombres *no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca su poder*. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta.³

3. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen gentium*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986, No. 60. El subrayado es del autor.

Este primer numeral del último capítulo de la *Lumen gentium*, dedicado en su integridad al misterio de María, sintetiza lo que se va a proponer a lo largo de este capítulo, como es la centralidad del hecho Jesús respecto de su madre.

Esta centralidad es de capital importancia, ya que en la Iglesia de todos los tiempos no han faltado quienes han desviado el culto a la Virgen, al punto de proponerla casi como una diosa o ídolo al lado o por encima de su Hijo. La primera que no compartiría esta desviación sería la misma María, quien ciertamente asumió su existencia en función de su hijo Jesús, el Mesías, nuestro único absoluto, ya que ella «concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia».⁴

De acuerdo con lo anterior -constata el Concilio-, cómo María «con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. (...) Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador».⁵ Por ende, «jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor» y «la Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador».⁶

Es clara entonces la relevancia del testimonio mariano para nuestra fe y en qué medida alimenta y estimula a esta última; al mismo tiempo, dicho testimonio tiene el único sentido de cultivar nuestro amor a Jesús y por consiguiente nuestra fidelidad en su seguimiento. Es evidente así que nuestra relación con la Madre de Dios sólo se entiende desde Jesús y hacia Él. En otras palabras, Jesucristo es el criterio y punto de referencia esencial en nuestra devoción mariana.

4. *Lumen gentium*, No. 61.

5. *Lumen gentium*, No. 62.

6. *Lumen gentium*, No. 62.

Desde este horizonte se impone que «María, ensalzada, por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada en la Iglesia con un culto especial. (...) Este culto, tal como existió en la Iglesia, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo». Este culto hace «que, al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (cfr., Colosenses 1, 15-16) y en el que plugo al Padre eterno que habitase toda la plenitud (Colosenses 1, 19), sea mejor conocido, amado, glorificado, y que a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos».⁷

En la praxis del culto mariano el Concilio exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina a que *se abstengan con cuidado de toda falsa exageración* al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios.⁸ Igualmente les pide que «expliquen rectamente los oficios y los privilegios de la santísima Virgen, que siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad».⁹ En este mismo sentido señala el Concilio: «Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra madre y a la imitación de sus virtudes.»¹⁰

En síntesis, en lo que se refiere a nuestra relación con la Virgen María, la propuesta del Vaticano II es diáfana, contundente y estimulante; indica cómo el crecimiento de nuestra adhesión práctica al sugestivo camino de Jesús y su persona, es el objetivo capital de la devoción mariana: de Él nace, a Él debe volver y en Él encuentra su criterio de juicio y discernimiento. En este orden de ideas insiste el Concilio en evitar todo tipo de fanatismo y pietismo en el desarrollo de dicha devoción.

7. *Lumen gentium*, No. 66.

8. Cfr., *Lumen gentium*, No. 67.

9. *Lumen gentium*, No. 67.

10. *Lumen gentium*, No. 67.

EL OTRO Y LA SOLIDARIDAD: LOS ÁMBITOS FUNDAMENTALES DONDE SE NOS APARECEN JESÚS Y SU MADRE

Por ser Cristo el criterio fundamental del devenir de nuestra relación con la Virgen, partamos de Él y de su Evangelio para asumir el tópico de las apariciones, tema central de la presente disertación. El Nuevo Testamento propone diversos relatos de apariciones de Jesús a los suyos. Dada la imposibilidad de presentarlos todos, me voy a centrar en uno particularmente notable, que según los estudiosos de la Biblia puede ser tenido como emblemático en lo que a este tipo de relatos se refiere. Se trata de la narración de los discípulos de Emaús. Traigo a continuación el texto íntegro, tomado del capítulo 24 del Evangelio de Lucas, el cual analizaré luego.

Aquel mismo día¹¹ hubo dos discípulos que iban camino de un pueblito llamado Emaús, distante unos diez kilómetros de Jerusalén, y comentaban lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero estaban cegados y no podían reconocerlo. Jesús les dijo:

- ¿Qué conversación es esa que traen por el camino?

Se detuvieron con la cara triste, y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

- ¿Eres tú el único de paso en Jerusalén que no se ha enterado de lo ocurrido estos días en la ciudad?

Él les pregunto:

- ¿De qué?

Contestaron:

- De lo de Jesús Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; de cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaran, cuando nosotros esperábamos que Él fuera el liberador de Israel. Pero, además de todo eso, con hoy son ya tres días que ocurrió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han dado un susto: fueron muy de mañana al sepulcro y, no encontrando su cuerpo, volvieron contando incluso que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que Él estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron tal y como habían dicho las mujeres; pero a Él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo:

- ¡Qué torpes son ustedes y qué lentos para creer lo que anunciaron los profetas! ¡No tenía el Mesías que sufrir todo eso para entrar en su gloria?

Y comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a Él en toda la Escritura. Cerca ya de la aldea adonde iban, hizo además de seguir adelante; pero ellos le insistieron diciendo:

11. Tres días después del asesinato de Jesús.

- Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída.

El entró para quedarse. Recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él desapareció. Entonces comentaron:

- ¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros que decían:

- Era verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido en el partir el pan.¹²

Este relato es una elaboración simbólico-teológica de la comunidad cristiana primitiva que describe el Evangelio, el cual necesita ser analizado con las herramientas interpretativas adecuadas. Según las más serias investigaciones bíblicas, todo indica que luego del asesinato de Jesús, sus seguidores se dispersaron decepcionados y probablemente retornaron a sus lugares y labores de origen.

Durante la vida carnal, espacio-temporal del Señor, ellos siempre quisieron ver en su maestro un líder político partidista de ambiguo cuño. Como el acontecimiento de la cruz acabó con sus falsas ilusiones, se frustraron y se disgregaron (en el texto que propongo son los discípulos tristes que abandonan a los suyos y se van a cualquier lugar, en este caso, a Emaús, sitio simbólico ya que la geografía de la época no lo relaciona). Pero en esta diáspora, el testimonio de hondo cambio hacia la solidaridad gratuita que es Dios Padre (la cual siempre caracterizó la vida carnal de Jesús, y que de tantas formas había dejado honda huella en sus seguidores), empezó a revivir en éstos y a sacarlos de su ceguera espiritual. En la amargura de su falso fracaso, los apóstoles -inspirados por el Espíritu siempre presente en el interior de cada persona-, fueron aprehendiendo el sin sentido de sus propósitos de partidismo político ambiguo, así como la vigencia y validez del camino del Hijo del Hombre, que de tantas maneras y ante todo con su vida cotidiana Él había comunicado antes de su muerte, sin lograr ser comprendido.

En el texto que analizo, este cambio se relata al inicio, cuando los discípulos, a pesar de tener a su lado a Jesús, no lo reconocen porque están «cegados»; también en la increpación que les hace el Mesías sobre su inca-

12. Lucas 24: 13-35.

pacidad de ver el verdadero sentido de la muerte y vida del Señor: el camino fascinante del amor que como el grano de trigo debe morir para dar fruto en abundancia, o sea, su gloria. Y en todo este desarrollo, los cercanos a Jesús van viendo que su vida no la han aniquilado, sino que se halla vigente y actuante en medio de ellos; es decir, van saliendo de su ceguera inicial.

Los apóstoles encuentran la vida de su Maestro -que ha vencido la muerte y por ende el egoísmo y el poder humano que la han causado- en el *compartir*. *Partir con* el otro gratuitamente haberes, saberes, poderes, en fin, todo lo que somos y tenemos. Tal es el sentido profundo de compartir el pan en el Evangelio, en el cual la vida misma de Jesús se convierte en su eucaristía, comunmente llamada misa. Por esto, en la narración que nos inspira ahora, en el momento en que Jesús comparte el pan, los suyos lo reconocen; en ese instante se les aparece y se les hace patente, pero al mismo tiempo «desapareció», dice el texto.

En la teología contemporánea llamamos este aparecer y desaparecer la «*presencia de una ausencia*». El Hijo del Hombre está presente en medio de nosotros de tantas maneras, pero no de la forma carnal espacio-temporal con la cual vivió en la Palestina del siglo I. Ésta es la ausencia que llena con mucho su nueva presencia en cada una y en todas las personas, sus hermanas muy queridas. *Por ende, esta experiencia del Resucitado es constatar que Él vive, que está en nosotros y que nos mueve a salir de nosotros mismos, asumiendo la alegría y la cruz que conlleva la praxis plenificante de la entrega gratuita a los demás.*

Como Cristo vive en el compartir gratuito y generoso con todo ser humano, los discípulos de Emaús no se mantienen en su diáspora, sino que inmediatamente retornan a encontrarse con sus hermanos para desarrollar la construcción de la comunidad, o sea la Iglesia, hoy cuerpo vivo y actuante de Cristo, nuestro Señor. ¿Dónde se aparece entonces el Mesías hoy? Pues en el compartir y en cada prójimo. Y sobre esto el Evangelio y el Nuevo Testamento abunda en referencias. Dice Jesús: «Todo lo que hagan con una de estas personas más pequeñas conmigo mismo lo hacen»¹³; «donde estén dos o tres reunidos en mi nombre yo estoy allí en medio de ellos»¹⁴, y «un

13. Mateo 25: 40 y 45.

14. Mateo 18: 20.

solo mandamiento les doy: que se amen unos a otros como yo los he amado». ¹⁵ Por esto «Dios es amor: quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». ¹⁶

Desde este horizonte todos somos el cuerpo de Cristo. En Él permanecemos para siempre en el amor luego del fin de nuestra presencia espacio-temporal en dicho amor, ya que luego de este paso -como dice Pablo- continuamos eternamente en la vida con un cuerpo y una presencia diferentes. En diversas ocasiones el Nuevo Testamento nos señala que todos los creyentes, o sea, todos los que tratamos de practicar cotidianamente la vida de Jesús, conformamos su cuerpo. «Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchas partes, y no todas las partes sirven para lo mismo, así también nosotros aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo y estamos unidos unos a otros como partes de un mismo cuerpo.» ¹⁷ Este cuerpo que somos todos nosotros tiene como cabeza a Cristo. ¹⁸

Jesús, entonces, es una persona ubicable históricamente en la Palestina de hace dos mil años, pero al mismo tiempo es mucho más. Es un camino, una vida constituida por todas las personas que en todos los tiempos nos hemos empeñado en seguir su maravillosa senda de gratuidad y compartir. Y es en esta senda y en cada persona en la que Él y todos los que forman parte de Él -su madre, sus santas y santos- se nos aparecen continuamente.

La presencia de una ausencia, ya lo hemos visto, es la vigencia resucitada de Cristo y los suyos en medio de nosotros. Luego del fin del acaecer carnal espacio-temporal, comunmente llamado muerte, Cristo y todos los que mueren en Él acceden a una vida plena y definitiva, diversa a esta terrenal en la que nos hallamos. A esta situación diversa algunos la llaman cuerpo o corporalidad nueva, la cual es -insisto- diferente a la que en este momento nos caracteriza a los mortales contemporáneos. Por ello, afirma el apóstol Pablo, en la vida definitiva tendremos una presencia o cuerpo cambiado respecto del que poseemos en la tierra: «En cambio, nosotros somos ciudadanos del cielo, y estamos esperando que del cielo venga el Salvador, el Señor

15. Juan 15: 12-13.

16. 1 Juan 4: 16.

17. Romanos 12: 4-5. Cfr., 1 Corintios 12: 27.

18. Cfr., Efesios 4: 15-16; 1: 22-23. Colosenses 1: 18.

Jesucristo, que cambiará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso. Y lo hará por medio del poder que tiene para dominar todas las cosas.»¹⁹

De acuerdo con lo propuesto, puedo afirmar que hoy las apariciones de Cristo, y en Él, las de su madre y sus santos, no son ni pueden ser en su corporalidad carnal, espacio-temporal. Son totalmente distintas y tienen que ver ante todo con la vivencia de la justicia, el amor y la solidaridad, constitutivos de la vida de Jesús y su cuerpo, que conformamos todos los creyentes. Por esto, para los Papas el acaecer de esta vivencia constituye el centro de las experiencias cristianas llamadas apariciones de la Virgen, en las cuales mujeres y hombres de honda fe asumen en profundidad dicha vivencia. Traigo a continuación algunos testimonios papales en este sentido.

El papa Paulo VI, de feliz memoria, en un mensaje al pueblo mexicano propone de la siguiente manera el sentido de la aparición de la Virgen de Guadalupe²⁰ y su devoción a ella:

La devoción a la Virgen santísima de Guadalupe debe ser para todos vosotros una constante y particular exigencia de auténtica renovación cristiana. La corona que ella espera de todos vosotros no es tanto una corona material, sino una preciosa corona espiritual, formada por un profundo amor a Cristo y por un sincero amor a todos los hombres: los dos mandamientos que resumen el mensaje evangélico. La misma Virgen santísima, con su ejemplo, nos guía en estos dos caminos.

(...) la devoción mariana alcanza su plenitud y su expresión más exacta cuando es un camino hacia el Señor y dirige todo el amor hacia Él, como ella supo hacerlo, al entrelazar en un mismo impulso la ternura de madre y la piedad de criatura.

Pero además, y precisamente porque amaba tan entrañablemente a Cristo, nuestra Madre cumplió cabalmente ese segundo mandamiento que debe ser la norma de todas las relaciones humanas: el amor al prójimo (...). Un cristiano no puede menos que demostrar su solidaridad para solucionar la situación de aquellos a quienes aún no ha llegado el pan de la cultura o la oportunidad de un

19. Filipenses 3: 20-21. Cfr., Colosenses 3: 1-4. 1 Corintios 15: 35-58. Ratifica esta perspectiva el siguiente texto del Prefacio de Difuntos I, del *Misal romano*, evidente dato de fe de la comunidad cristiano católica: «Porque la vida de los que en tí creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo.» *Misal romano completo*, Biblioteca de Autores Cristianos de la Editorial Católica S.A., Madrid, 1973.

20. Cuenta la tradición que a mediados del siglo XVI, en Ciudad de México y por varias ocasiones la Virgen se le apareció al indio Juan Diego, y que como testimonio de este especial encuentro, ella dejó u imagen impresa en la manta del indio. Dicha imagen es la que se venera hoy en la Basílica de Guadalupe, en la misma ciudad.

trabajo honorable y justamente remunerado (...). El que tiene mucho que sea consciente de su obligación de servir y de contribuir con generosidad para el bien de todos. (...) Y, todos, sentid el deber de uniros fraternalmente para ayudar a forjar ese mundo nuevo que anhela la humanidad. Esto es lo que hoy os pide la Virgen de Guadalupe, ésta la fidelidad al Evangelio, de la que ella supo ser el ejemplo eminente.²¹

En términos muy similares se expresa también Paulo VI respecto de la devoción y aparición de la Virgen de Fátima a los tres pastorcitos, en su visita a ese lugar, el 13 de mayo de 1967.²² En la misma línea se ha venido manifestando Juan Pablo II. Así lo hizo, por ejemplo, en la celebración del cuarto centenario de la renovación de la Virgen de Chiquinquirá ante una indígena:

Amadísimos hermanos y hermanas: Al cumplirse el cuarto centenario de la renovación de esta venerada imagen, me sumo gozosamente a vosotros en esta peregrinación de fe y de amor. He venido a este lugar a postrarme a los pies de la Virgen, deseoso de confortaros en la fe, esto es, en la verdad de Jesucristo, de la cual forma parte la verdad de María y la verdadera devoción hacia ella. Quiero también orar con vosotros por la paz y la prosperidad de esta amada Nación, ante aquella que proclamáis Reina de la Paz y que con afecto filial invocáis como Reina de Colombia. (...)

Con su trabajo, hoy como ayer, los agricultores ofrecen a la sociedad unos bienes que son necesarios para su sustento. Por su dignidad como personas y por la labor que desarrollan ellos merecen que sus legítimos derechos sean tutelados, y que sean garantizadas las formas legales de acceso a la propiedad de la tierra, revisando aquellas situaciones objetivamente injustas a las que a veces muchos de ellos son sometidos, sobre todo en el caso de trabajadores agrícolas que «se ven obligados a cultivar la tierra de otros y son explotados por los latifundistas, sin la esperanza de llegar un día a la posesión ni siquiera de un pedazo mínimo de la tierra en propiedad» (*Laborem exercens*, No. 21).

Sed vosotros, queridos campesinos, por vuestra fe en Dios y por vuestra honradez, por vuestro trabajo y apoyados en adecuadas formas de asociación para defender vuestros derechos, los artífices incansables de un desarrollo integral que tenga el sello de vuestra propia humanidad y de vuestra concepción cristiana de la vida.

La devoción a la Virgen María, tan firmemente arraigada en vuestra genuina religiosidad, tan popular, no puede y no debe ser instrumentalizada por nadie como freno a las exigencias de justicia y prosperidad que son propias de la dignidad de los hijos de Dios (...) María, aceptando la voluntad del Padre, abre el camino de la salvación y hace posible que con la presencia del Reino de Dios se haga su voluntad en esta tierra así como ya se hace en el cielo. María proclamando la fidelidad de Dios por todas las generaciones, asegura la victoria de los pobres y

21. PAULO VI, «Mensaje al pueblo mexicano», *Periodico L'Osservatore Romano*, Ciudad del Vaticano, octubre 18, 1970.

22. Cfr., *Revista Ecclesia*, Madrid, mayo 20, 1967. 15.

los humildes, esa victoria que ya se refleja en su vida y por la cual todas las generaciones la llamarán Bienaventurada (cfr., Lucas 1, 46-53).

La Virgen María invita hoy a todos sus hijos de Colombia, como en otro tiempo en Caná de Galilea, a escuchar a su Hijo: «Haced lo que Él os diga» (Juan 2, 5). En el Evangelio de Jesús está el programa de una renovación personal, comunitaria, social, que asegura la justicia y la paz entre todos los hermanos de esta noble nación.²³

LAS APARICIONES DE MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA, EN MEDIO DE NOSOTROS HOY

Al quedar claro que es en cada persona y en la praxis de la solidaridad y la justicia donde hoy se nos aparece Jesús, y en Él su madre, ¿qué significan entonces las apariciones marianas oficialmente aceptadas por la Iglesia como las de Guadalupe, Chiquinquirá, Lourdes o Fátima? Sin lugar a dudas, Juan Diego, la indígena de Chiquinquirá, Bernadette o los tres pastorcitos de Fátima han sido personas de una honda fe, o sea, creyentes que se han abierto profundamente a la acción de Jesús en sus vidas y que lo han vivido intensamente en cada momento de su cotidiano y de su relación con el prójimo.

Cuando se da una vivencia de fe así entendida, la intimidad con Dios es tan grande que ésta se manifiesta inclusive en los sentidos corporales por medio de llanto, éxtasis y mutismo en el habla, aceleración del ritmo cardíaco y visiones. Es tal la unión con el Señor, que se puede llegar a tener una percepción visual de Él, de su Madre o de sus santos por una especial gracia divina. Aquí es donde Dios puede llegar a manifestarse en procesos psicológicos coherentes. Hay estudios muy sólidos de la psicología profunda en unión con la teología espiritual que han logrado acercamientos serios a un análisis de este tipo de vivencias.²⁴

Este desarrollo psicológico-espiritual de gran hondura se halla sin lugar a dudas en el ámbito del misterio propio de la relación del hombre con Dios, donde los análisis y las sistematizaciones necesariamente son desbordados

23. MENSAJES DE S.S. JUAN PABLO II A LOS COLOMBIANOS 1986, Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano, Bogotá, 1986.

24. Cfr., RAHNER, HUGO, *Die Vision des heiligen Ignatius in der Kapele von La Storta*, publicado en *Zeitschrift Für Ascese und Mystik*. Traducido al español por el Noviciado San Stanislao de Kostka de la Compañía de Jesús, Medellín, 1972. Mimeógrafo. En este texto se hallan abundantes citas y referencias bibliográficas de serios estudios a este propósito para quienes deseen una mayor profundización sobre el tema.

por el carácter insondable del camino de la fe.²⁵ Sin embargo, ciertamente podemos afirmar que en el caso de las apariciones no se trata del retorno de la forma carnal espacio-temporal de Jesús, su madre o sus santas y santos. Como ya lo he argumentado y san Pablo nos recuerda, los humanos que mueren en Dios acceden a otro tipo de presencia o corporalidad, diversa a la que poseemos sobre la Tierra.²⁶

Apariciones marianas oficialmente reconocidas por la comunidad católica como las que he nombrado, se caracterizan por su discreción, total ausencia de fanatismos, histeria o falso pietismo, por una intensa vida cristiana de parte de sus primeros receptores y un llamado a la más profunda conversión personal y social de parte de todos los creyentes.²⁷ Una vivencia tan intensa y especial obviamente que no es cosa de todos los días ni de toda hora: por ello, la Iglesia y sus pastores se han tomado años en discernir desde el espíritu su reconocimiento. Por lo mismo, los obispos asumen una postura muy cauta y discreta frente a la explosión de apariciones religiosas que estamos viviendo:

En los últimos cincuenta años se ha informado sobre las apariciones de la Virgen en más de doscientos lugares, entre ellos algunos de Africa como en Egipto o el Camerún. Sin embargo la Iglesia no ha reconocido como auténtica ninguna de estas presuntas visiones de la Virgen, y ni siquiera en dos importantes casos, los de Medjugorie en la antigua Yugoslavia y Kibeho en Ruanda, ha dado todavía ninguna forma de reconocimiento oficial.

Conviene resaltar el hecho significativo de que tan solo «ocho» apariciones hayan sido reconocidas por la Iglesia hasta hoy. En la mayoría de los casos el juicio ha sido negativo, al formularse del siguiente modo: «No aparece nada que presente caracteres probables de intervención sobrenatural.» En otros casos se niega abiertamente la índole sobrenatural de los supuestos hechos.

25. «Hay que evitar dos errores opuestos: el rechazo sistemático de la posibilidad de toda comunicación sobrenatural en la comunión de los santos, de forma sensible y la credulidad ingenua de reducir las apariciones a meros encuentros comunes y cotidianos. Para la Iglesia las apariciones marianas tienen un sentido *profético, cristológico y eclesiológico*.» MOLINA, ANDRÉS, *Actualidad eclesial de las apariciones marianas*, Santafé de Bogotá, copia fotostática, 1996.5.

26. «Un cuerpo glorificado es diferente, y actúa en consecuencia, de modo diferente a como lo hace un cuerpo físico-natural. Teniendo la Virgen un cuerpo glorioso puede ser percibido en su forma propia, pero pertenece a otra categoría, es decir, al *espacio-eternidad*, extraño a nuestro *espacio-tiempo*.» MOLINA, ANDRÉS, *Actualidad eclesial...*, 4.

27. Cfr., MOLINA, ANDRÉS, *Actualidad eclesial...*, 6-7.

Al revés de lo que suele pensarse, la Iglesia no es partidaria, en principio, de las apariciones. Por el contrario se muestra cautelosa y reservada. En ocasiones se muestra incluso abiertamente desfavorable, después de estudiar el caso. (...)

Es oportuno añadir que no se ha aprobado explícitamente ninguna aparición y más bien han abundado en esta época posconciliar las desautorizaciones o reprobaciones expresas referentes a presuntas apariciones de la Virgen. En la mayoría de los casos la autoridad eclesiástica se inhibe y prescinde de tenerlos en consideración, ya por el gran número de fenómenos aparicionistas que se presentan como tales, ya porque resulta difícil descalificarlos o aprobarlos dada su enorme complejidad a la hora de formular un juicio definitivo. (...)

No hay que tener avidez morbosa de noticias aparicionistas ni hacer girar la piedad en torno a sus supuestos mensajes. Todo esto supondría un evidente desorden y revelaría síntomas de una patología religiosa. Las apariciones marianas con sus respectivas «revelaciones» no tienen otra función que subrayar, según la diversidad de tiempos y lugares, contenidos parciales de la revelación pública fundante, con carácter prevalentemente práctico, como afirmó el papa Juan XXIII *no nos proponen nunca nueva doctrina cristiana o nuevas verdades, pero son útiles para dirigir nuestra conducta cristiana.*²⁸

Las apariciones marianas se insertan en una ley constante de la historia de la salvación, que es la siguiente: Dios invisible se manifiesta a través de un conjunto de signos visibles, ya que el hombre no puede alcanzar lo invisible sin la necesaria mediación y concurrencia de los signos.²⁹ Pero nadie puede exagerar su necesidad o importancia, como si la fe católica dependiera de estas apariciones. La postura de la Iglesia quedó claramente fijada por el papa Benedicto XV con estas tajantes palabras: «Conservando íntegra y sana la fe católica, uno puede no prestar asentimiento a las revelaciones (particulares) y apartarse de ellas, siempre que esto lo haga con la modestia debida, de modo razonable y sin llegar al desprecio.»³⁰

Terminamos este texto con el comentario de san Juan de la Cruz, a propósito de la enseñanza inicial de la Carta a los Hebreos: «En lo cual se da a entender que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes a los profetas ya lo había hablado (...) dándonos el Todo que es su Hijo.»³¹ El mensaje de las apariciones reconocidas por la Iglesia como auténticas no es nunca supletorio, sustitutivo o complementario del mensaje contenido en la revelación pública. Únicamente se limita a recordarlo, urgirlo y actualizarlo. En este sentido –y no en otro– deben ser valoradas e interpretadas las apariciones marianas oficialmente reconocidas por la Iglesia.³²

-
28. Mensaje para la clausura del centenario de Lourdes, 18-2-1959.
29. LAURENTIN, R., art. «Apariciones», en *Nuevo diccionario de mariología*, De Paulinas, Madrid, 1986, p. 128.
30. *De servorum Dei beatificatione, et beatorum canonizatione*, 2, 32, 11. El carácter discrecional de la creencia en las apariciones por parte de los creyentes señala que éstas no tienen el talante absoluto de los dogmas fundamentales de la fe. *Por esto la Iglesia reconoce pero no aprueba las apariciones marianas.*
31. Subida del Monte Carmelo 22, 4 (el subrayado es nuestro).
32. MOLINA, ANDRÉS, *Actualidad eclesial...*, pp. 3, 4, 5, 7, 8.

En síntesis, las apariciones verdaderamente cristianas se distinguen por tres elementos claves:

- *Fenoménico*: Se refiere a toda la sintomatología de la persona vidente, su visión de María, Jesús o los santos, gracia especial divina, que tiene como impronta el gran testimonio de vida cristiana del vidente.
- *Llamamiento a la conversión*: El contenido especial de esta experiencia es un llamamiento del Señor por medio del vidente para que la iglesia y la sociedad cambien dejando sus egoísmos e injusticias y abrazando el camino evangélico de total solidaridad gratuita en cada momento de la existencia.
- *Ausencia de histeria y fanatismo*: Las personas que de verdad reciben esta gracia tienen un comportamiento discreto y nunca buscan protagonismo de ningún tipo.

Al ubicarnos en este hoy tan convulsionado de nuestra querida Colombia atravesado por tantas y tan hondas injusticias, violencias y discriminaciones, sin lugar a dudas la aparición que está a la orden del día es la de Jesús, su madre y sus santos en el rostro de cada uno de nuestros compatriotas, en especial, de los más sufrientes, excluidos y necesitados. Desde estos rostros el cuerpo glorioso y resucitado del Señor clama por justicia, comprensión, generosidad, perdón y empeño de cada uno de nosotros en la construcción de una Colombia para todos, verdaderamente solidaria, fraterna y sin el terrible dolor de la exclusión de cualquiera, sea quien sea.

Concluyo mi escrito retomando el texto de Paulo VI sobre la aparición y devoción a la Virgen de Guadalupe, que bien podría referirse a cualquier advocación mariana y que tiene tal fuerza y profundidad, que no necesita más comentarios:

El que tiene mucho, que sea consciente de su obligación de servir y de contribuir con generosidad para el bien de todos. El que tiene poco o no tiene nada que, mediante la ayuda de una sociedad justa, se esfuerce en superarse y en elevarse a sí mismo y aun en cooperar al progreso de los que sufren su misma situación. Y, todos, sentid el deber de uniros fraternalmente para ayudar a forjar ese mundo nuevo que anhela la humanidad.

Esto es lo que hoy os pide la Virgen de Guadalupe, esta la fidelidad al Evangelio, de la que ella supo ser el ejemplo eminente.³³

33. PAULO VI, Mensaje.

